

Memoria perpetua. Comentario del episodio *The entire history of you* de *Black Mirror* (2011)

Natacha Salomé Lima

Cátedra de Psicología, Ética y Derechos Humanos. Universidad de Buenos Aires (Argentina).

Correspondencia: Natacha Salomé Lima. Cátedra de Psicología, Ética y Derechos Humanos. Universidad de Buenos Aires (Argentina).

e-mail: nlima@psi.uba.ar; lima.natacha@hotmail.com

Recibido el 6 de octubre de 2014; modificado el 23 de octubre de 2014; aceptado el 20 de enero de 2015.

Resumen

¿Qué sería del hombre si todos sus recuerdos pudieran ser almacenados y recuperados a su antojo? *The entire history of you*, episodio de la serie *Black Mirror*, presenta un escenario futurista de un drama muy antiguo: la celotipia. Las pasiones humanas inquietan el alma, turban el pensamiento y conminan a la acción. La memoria será aquí un objeto privilegiado para nuestro análisis, pero no la memoria entendida en su condición orgánica, sino la memoria significativa; las marcas del recuerdo que hacen huella sobre el cuerpo que deviene acontecimiento. Intentaremos analizar el margen de acción posible frente a la acechanza tecnológica que se cierne sobre el hombre y su mundo. Cómo la biopolítica de los cuerpos planteada por Michel Foucault en los años 70 puede ser retomada desde una perspectiva contemporánea para pensar el declive actual del amor, del deseo y de la sexualidad. Retomaremos algunos textos iniciales de la obra freudiana para pensar cómo la memoria y el orden de los recuerdos son una construcción subjetiva y singular en el ser humano. Dimensión que habla de una memoria significativa capaz de anudar recuerdo, fantasía y deseo. Memoria que al convertirse en objeto de manipulación y *gadget* del mercado, se vuelve perpetua con efectos devastadores sobre la subjetividad.

Palabras clave: memoria, objetos pulsionales, deseo, biopolítica.

Summary

What would happen if man could store and recovered all its memories at will? *The entire history of you* is an episode of the British television drama series which presents a futuristic scenario of a very old situation: jealousy. Human passions disturb our soul, trouble our reflections, and pushes us to action. Memory will be a privileged object for our analysis; not organic memory, but significant memory: this means the trace of memories that perform our body. We will try to analyze the possibilities of our actions against the technological dangers and "progresses". The scope of biopolitics presented by Michel Foucault in the 70venties could be taken up by the contemporary idea of the current decline of love, desire and sexuality. We will visit some of the Freudian early works to think how memory and the possibilities of remembrance are a singular construction of human being. This significant memory is capable of knotting remembrance, fantasy and desire. But memory could also become perpetual when it is object of manipulation producing devastating effects on human's subjectivity.

Keywords: Memory, Pulsional objects, Desire, Biopolitics.

La autora declara que el artículo es original y que no ha sido publicado previamente.

...volvió a sentir que ciertas remotas semejanzas condensaban bruscamente un falso parecido total, como si de su memoria aparentemente tan bien compartimentada se arrancara de golpe un ectoplasma capaz de habitar y completar otro cuerpo y otra cara, de mirarlo desde fuera con una mirada que él había creído reservada para siempre a los recuerdos.

Rayuela, Julio Cortázar

Introducción

¿Qué sería del hombre si todos sus recuerdos y vivencias pudieran ser almacenados para ser luego reproducidos a su antojo? ¿Viviríamos anclados al recuerdo? A los recuerdos felices tal vez, pero ¿qué pasaría con los recuerdos tristes o penosos? ¿Qué pasaría si el ser humano encuentra la posibilidad de perpetuarse en los recuerdos de lo que fue? Ciertamente una de las formas de la inmortalidad es la memoria. El recuerdo y la memoria permiten distinguir un tiempo presente continuo, un pasado que recordamos, y un futuro que construimos, fantaseamos o imaginamos. El tiempo y la temporalidad del ser han sido desde la Antigüedad un tema vasto. Las relaciones entre *el ser* y *el tiempo* presentan complejos matices y significaciones diversas. El escenario que estamos a punto de presentar cuestiona de algún modo esta relación entre ser y tiempo en un futuro no tan lejano. Futuro donde el hombre ha logrado desarrollar un dispositivo electrónico capaz de almacenar sus vivencias. Dispositivo que al ser implantado en su cuerpo, le permite almacenar las vivencias pasadas para reproducirlas a su antojo. El último *Gadget* del mercado se presenta como un accesorio obligado y además se comercializa como ¡una liberación! ¿De qué?

Ficha técnica

Título: *Black Mirror: Tu historia completa*, temporada 1, episodio 3.

Título original: *Black Mirror: Season 1, Episode 3 The Entire History of You*.

País: Reino Unido.

Año: 2011.

Director: Brian Welsh.

Música: Stuart Earl.

Fotografía: Zac Nicholson.

Montaje: Alastair Reid.

Guión: Jesse Armstrong, Charlie Brooker (creador).

Intérpretes: Toby Kebbell, Tom Cullen, Jodie Whittaker, Amy Beth Hayes, Rebekah Staton, Rhashan Stone, Phoebe Fox, Jimi Mistry, Daniel Lapaine, Karl Collins, Elizabeth Chan, Mona Goodwin, Kemal Sylvester.

Color: color.

Duración: 48 minutos.

Género: comedia, drama, intriga, ciencia ficción.

Productoras: Zeppotron, Channel 4.

Sinopsis: “Desarrollada en una realidad alternativa en la que la humanidad puede acceder a una tecnología que graba todo lo que ve y escucha. Puedes borrar un recuerdo o volver a él, ¿pero es esto algo bueno...? Tercero y último de la miniserie de tres episodios independientes y autoconclusivos (con diferentes tramas y reparto) “Black Mirror” creada por Charlie Booker, antiguo crítico televisivo de *The Guardian* y artífice de (2008). “Black Mirror” es una miniserie sobre las consecuencias de la tecnología en nuestras vidas que ha obtenido impresionantes críticas” (FilmAffinity).

Enlaces:

Imdb:

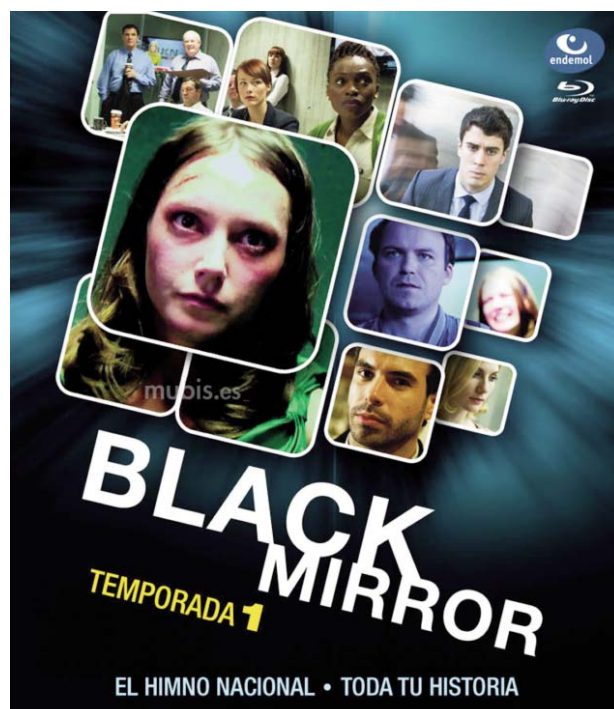
<http://www.imdb.com/title/tt2089050>

Filmaffinity:

<http://www.filmaffinity.com/es/film375978.html>

Tráiler

El recuerdo humano participa en buena medida de un proceso de construcción y reelaboración. Esta “liberación”, esta supuesta liberación -como muchas otras- mostrará de a poco su costado más oscuro.



Porque aunque el dispositivo pueda captar y almacenar lo vivenciado, el vivenciar es subjetivo. Y no hay máquina aún que reemplace la subjetividad –vemos en el escenario que propone el film *Trascendence* (2014) de Wally Pfister que incluso la máquina más sofisticada necesita de la singularidad humana para devenir eterna, para *trascender*. Lo acontecido se produce a posteriori, es decir luego de ser leído allí por un sujeto, que puede convertirse potencialmente en sujeto de su acto.

¿Cuál sería el axioma de una convivencia no autoritaria en la política y el amor? Se pregunta Zizek¹ y responde: *el otro no debe saberlo todo*, porque saberlo todo es el germen del autoritarismo. Saberlo todo transforma el vínculo de amor en una relación totalitaria. Sin embargo en el amor hay algo que cuando se sabe, se sabe... sino reflexionemos en torno al valor de un gesto, cuando tan sólo un gesto alcanza para advertir cierta intimidad entre un hombre y una mujer, un gesto, tan sólo una mirada...

A los objetos pulsionales que Freud² había distinguido (pecho, heces, pene) Lacan³ agrega el objeto invocante: la voz y el escópico: la mirada. En el cuerpo son los ojos los que ven, pero la mirada trasciende la materialidad del cuerpo. Hay algo en la mirada que va más allá de los ojos. Lo mismo sucede con la voz, presencia real de un objeto pulsional extra-corpóreo pero que no es sin el cuerpo. La voz y la mirada son objetos pulsionales porque anudan el goce al cuerpo. Muchas veces nos ha pasado de sentirnos tocados por una mirada, o hemos tenido la oportunidad de cruzar una mirada cómplice, o una mirada penetrante nos ha helado la sangre... ¿Qué sucede entonces cuando algo de la mirada alcanza para advertir un gesto de intimidad? ¿Qué sucede cuando en la mirada de nuestro compañero leemos el deseo hacia otro? Las miradas han sido objeto, a lo largo de la historia, de las más arduas discusiones de pareja. Han podido ser elaboradas, explicadas, recubiertas de palabras en un intento desesperado por recubrir lo real del goce y anudarlo al deseo. Objetos pulsionales, que como distinguió Freud, han sido necesariamente perdidos, para posibilitar la subsistencia, para poder ver y oír. Ser objetos perdidos le brinda a este mundo su condición de vivible, de no ser así la existencia del sujeto se tornaría insoportable. Cuando estos objetos perdidos se presentifican, cuando el sujeto se encuentra con la mirada, la angustia es signo de esa afectación real.

¿Qué sucedería si gracias a un nuevo dispositivo tecnológico, que capta y almacena la vivencia en tiempo real, esa mirada pudiera ser presentificada? Esa mirada que duró tan sólo un segundo –en tiempo subjetivo,

no sólo ha sido almacenada –gracias al dispositivo, sino que puede ser recuperada una y otra vez, puede ser examinada al detalle, puede ser revivida hasta el hartazgo, hasta mortificar con su presencia real, lo real del engaño descubierto, lo real del gesto percibido. El objeto mirada y la celotipia no son buenos compañeros... así empieza nuestra historia.

Él tenía una entrevista de trabajo que se adelantó y llega antes de tiempo a una reunión en casa de unos amigos donde ella no lo esperaba. Al entrar a la casa, sólo transcurren unos segundos hasta que él la ve. Ella estaba conversando con un amigo y se sorprende al verlo. No lo esperaba tan temprano. Esto que en tiempo material, en tiempo vivido, dura tan sólo unos segundos alcanza para *pescar un gesto*. Una cierta intimidación entre ese hombre y esa mujer, su mujer, se cuele por el resquicio de una mirada. La reunión se desenvuelve, pero él sospecha... y algo más: esa mirada ya fue almacenada.

El dispositivo con el que cuenta Liam (Toby Kebbell), nuestro protagonista, este novedoso *chip de almacenamiento mnésico* le permite volver una y otra vez a esos preciados segundos... él empieza a buscar allí un dato que confirme el engaño de su mujer.

Estos son sólo los primeros minutos del episodio que tiene como eje central los celos, la sospecha y la labilidad de los vínculos atravesados por los desarrollos tecnológicos. También impulsa una reflexión entorno a la incidencia de la tecnología sobre nuestros cuerpos y sobre nuestras vidas.

Aquí exploraremos inicialmente la dimensión del recuerdo. En otro trabajo⁴ hemos postulado que si bien es el cuerpo el que recuerda, no se trata aquí de un cuerpo en su dimensión biológica solamente, sino de un cuerpo en su dimensión simbólica, es decir un cuerpo atravesado, traumatizado por el lenguaje. Si bien el cerebro es el que recuerda (el desarrollo de las neurociencias confirman este sustrato orgánico) la función de recordar no queda reducida a lo anatómico. Podríamos decir que anclada en lo orgánico del cuerpo despliega e inscribe su entramado significante. El cuerpo entendido como acontecimiento, supone un cuerpo significante que recuerda. Argumento solidario a entender la posibilidad del recuerdo anclada en los sentidos: el recuerdo de un aroma, el recuerdo de una melodía, la memoria musical da cuenta de un registro subjetivo que comparte las dimensiones de lo real del cuerpo y de lo simbólico del entramado significante. Esta posibilidad del recuerdo que no se reduce a lo mnémico-representativo es también huella de nuestra historia y de nuestra individualidad. Es una parte

constitutiva pero necesariamente perdida, y tiene que ser perdida (como el objeto en la teoría psicoanalítica) para abrir así a la dimensión deseante del ser humano. Aquello perdido, se anhela y se busca, constituyéndose así en motor del deseo sustento y sustrato de la vida del hombre.

¿Qué pasaría entonces si no hubiera posibilidad de pérdida y quedáramos anclados al recuerdo-siempre-presente? Es un contra-sentido. Si es recuerdo no puede ser presente, porque el tiempo presente comporta otra materialidad.

En el texto *Sobre los recuerdos encubridores*⁵ Freud ubica el vínculo entre la importancia psíquica de una impresión y su adherencia a la memoria; recordamos lo que ha hecho huella en nosotros. Sin embargo para una clase particular de recuerdos que Freud denomina *recuerdos encubridores* la memoria parece realizar una rara selección, donde lo que se recuerda son elementos nimios, mientras lo sustantivo de la vivencia parece haber sido “olvidada.” El aspecto trivial de lo recordado indica que algo de lo olvidado ha sido desplazado, sin embargo hay un vínculo entre ambos que supone la fuerza patógena del recuerdo sofocado. Freud define al recuerdo encubridor de la siguiente manera: “*a un recuerdo así, cuyo valor consiste en subrogar en la memoria unas impresiones y unos pensamientos de un tiempo posterior, y cuyo contenido se enlaza con el genuino mediante vínculos simbólicos y otros semejantes, lo llamaría un recuerdo encubridor*”⁵. Es decir que un recuerdo encubridor es un tipo especial de recuerdo que no sólo hace de pantalla aportando a la memoria un contenido nimio, sino que es muchas veces recubierto por fantasías, por lo tanto para llegar a develar lo que esconde, es necesario hacer un trabajo asociativo que ubique los nexos disueltos entre el recuerdo nimio y la vivencia. Estas fantasías como cumplimiento de deseo se anudan a los recuerdos, pueden colarse entre los recuerdos y así los límites entre unos y otros comienzan a perder consistencia. ¿Cómo puede suceder esto? Dice Freud que hay ahí una huella mnémica cuyo contenido ofrece puntos de contacto con la fantasía. El interés de volver sobre este texto, de la época inicial del trabajo psicoanalítico freudiano es porque muestra claramente como el recuerdo, la fantasía y el deseo están interconectados.

Unos años más tarde, ya en 1914, Freud⁶ retoma sus elaboraciones sobre la memoria y el recuerdo esta vez en el marco de un texto breve pero contundente: *Recordar, repetir y reelaborar* (Freud, 1914). Será en este texto donde aparezcan por primera vez los conceptos de *compulsión de repetición* y de *reelaboración*. Para

explorar las dimensiones del recuerdo y del recordar Freud comienza haciendo una puesta al día que se inicia con el método de la catarsis “breuriana”, método que se enfocaba en el momento de la formación de síntoma donde recordar y “abreaccionar” eran las metas del tratamiento mediado por el estado hipnótico. “*Luego, después que se renunció a la hipnosis, pasó a primer plano la tarea de colegir desde las ocurrencias libres del analizado aquello que él denegaba recordar*”⁶. Por uno u otro camino el objetivo era el de llenar las lagunas del recuerdo venciendo las resistencias de represión. Así cuando Freud comienza a trabajar estas dimensiones de los recuerdos de sus pacientes ubica que el olvido de ciertas escenas o vivencias se reducía las más de las veces a un “bloqueo”. Pero estos bloqueos o lagunas del recuerdo no son la única restricción que distingue Freud. Como vimos anteriormente, los recuerdos encubridores, huella de aquellos años infantiles olvidados representan el sustrato mnémico más esencial.

Otro de los puntos que es necesario distinguir es la vinculación entre el recordar y el actuar (“*agieren*” freudiano). Este *agieren* refiere a la dimensión del actuar pero también supone la repetición, como cierto empuje a repetir el pasado. Freud dirá: “*lo que no se recuerda se actúa (agieren) en transferencia*”, uno de los ejemplos que nos da al respecto es el siguiente: “*el analizado no recuerda haberse quedado atascado, presa de desconcierto y desamparo, en su investigación sexual infantil, pero presenta una acumulación de sueños confusos, se lamenta de que nada le sale bien y, proclama, es su destino no acabar nunca ninguna empresa*”⁶. La compulsión de repetición sería entonces otra manera del recordar.

A partir del comentario de estos dos textos freudianos podemos sacar algunas conjeturas iniciales. La primera de ellas es que nuestro tesoro mnémico es una reconstrucción de vivencias pasadas anudadas a fantasías. El recuerdo se olvida, se reconstruye, cambia, deviene, se transfigura e insiste. Hay cierta insistencia en el recuerdo. Y hay también cierta construcción y reelaboración de lo recordado que anuda lo mnémico a la acción, a los vínculos que construimos con otros significativos. Lo recordado tal vez nunca acontecido. Y también las posibilidades que se desprenden de lo olvidado. El olvido ¿posibilidad del duelo? Ya lo veremos.

Memory telling: memoria y las posibilidades del recuerdo

Varias y distintas películas abordan las dimensiones del recuerdo y del olvido, desde *Memento* (2000) de Christopher Nolan hasta *Eterno resplandor de una mente sin recuerdos/ Eternal Sunshine of the Spotless*

Mind (2004) de Michel Gondry, presentan disyuntivas en torno a qué recuerdos es bueno conservar y cuáles de ellos convendría borrar de nuestra mente^a. Existe sin embargo un contrapunto fuerte entre la memoria entendida desde la concepción psicoanalítica y la memoria biológica objeto de las neurociencias. Esta oposición parte de conceptualizar el dato mnésico como registro, huella, marca positiva almacenada en nuestra corteza cerebral, de la marca o huella significativa, que en cuanto tal se define por oposición y diferencia y tiene modos de operar diversos. Se distingue del cerebro capaz de almacenar información, al cuerpo significativo como registro de la experiencia.

Desde las neurociencias tan en boga en nuestra época se investigan las dimensiones del recuerdo ancladas al órgano. La memoria cerebral entendida en términos organicistas se divorcia de la memoria significativa o “*memory telling*” memoria hablante que juega con las leyes del inconsciente estructurado como lenguaje. Desde *Recordar, repetir, reelaborar* vimos que las vicisitudes del recuerdo conminan a la acción, transforman activamente nuestros vínculos más significativos, desde un cuerpo significativo que recuerda. Plantear que es el cuerpo el que recuerda supone abrir una dimensión que aunque apoyándose en lo orgánico, lo trasciende. No se tratará del cuerpo orgánico –en su vertiente real de necesidad, sino el cuerpo atravesado por el significativo, marca hecha huella sobre el cuerpo sensorial. El *soma* habilita distintas posibilidades de anclaje del recuerdo en el cuerpo –otro tipo de memoria que no se reduce a lo mnésico representación-palabra; el recuerdo de un aroma por ejemplo el film animado *Anastasia* (1997) de Don Bluth y Gary Goldman, o en el film *El lado profundo del mar/ The Deep End of the Ocean* (1999) de Ulu Grosbard, o el recuerdo de una melodía en Film *El día que no nació/ Das Lied in mir* (2010) de Florian Cossen suponen que lo que hace carne es una marca significativa anudada a una historia abolida en un caso, sustraída en otro, olvidada en el tercero, pero sobre todo interrumpida. La materialidad del recuerdo se presenta entonces vía estos significantes que al modo del rasgo unario dicen de un sujeto. Sujeto sujetado a una marca que lo constituye como sujeto de deseo. Huella al fin de un deseo demorado. Si bien podemos partir de un anclaje somático, del recuerdo a partir de los sentidos, esta inscripción adquiere estatuto de marca de la presencia de un sujeto, de la singularidad de nuestras historias vividas. Aquí la vida (en tanto anclaje somático) se divorcia de la biología para asumir la dimensión del *bios*.

Las neurociencias investigan acerca de las neuronas espejo, de las uniones sinápticas que permiten el buen funcionamiento cerebral. Pero ¿Qué es en sí el recuerdo? Freud planteaba que lo que no se recuerda se actúa. Cierta dimensión del recuerdo, olvidado, reprimido, gana terreno sobre la acción impulsándola. También planteaba que una de las condiciones fundamentales para iniciar un proceso de duelo, es la posibilidad de desinvertir el objeto perdido, para dirigir esa energía libidinal sobre otros objetos presentes en el mundo del sujeto. Aunque no se trata estrictamente de olvidar, sí podemos leer en estos postulados que parte de la reelaboración supone un dejar. Hay un texto específico dedicado al tema *Duelo y melancolía*⁸, pero es en *La transitoriedad*⁹ donde Freud arriesga una de sus primeras definiciones del proceso de duelo, y vamos a tomarlo desde este texto por la pertinencia que tiene para nuestro comentario.

Dice Freud “*el duelo es un gran enigma, uno de aquellos fenómenos que uno no explica en sí mismos, pero a los cuales reconduce otras cosas oscuras. Nos representamos así la situación: poseemos un cierto grado de capacidad de amor, llamada libido, que en los comienzos del desarrollo se había dirigido sobre el yo propio. Más tarde, pero en verdad desde muy temprano, se extraña del yo y se vuelve a los objetos, que de tal suerte incorporamos, por así decir, a nuestro yo. Si los objetos son destruidos o si los perdemos, nuestra capacidad de amor (libido) queda de nuevo libre. Puede tomar otros objetos como sustitutos o volver temporariamente al yo. Ahora bien, ¿por qué este desasimiento de la libido de sus objetos habría de ser un proceso tan doloroso? No lo comprendemos, ni por el momento podemos deducirlo de ningún supuesto. Sólo vemos que la libido se aferra a sus objetos y no quiere abandonar los perdidos aunque el sustituto ya esté aguardando. Eso, entonces, es el duelo*”⁹.

Este texto que fue titulado al español como *La transitoriedad* o *Lo perecedero* (del término alemán *Vergänglichkeit*) no posee solamente esta definición inicial y tan sustancial del duelo, sino que presenta además una reflexión devastadora del desastre de la guerra.

La conversación con el poeta tuvo lugar en el verano anterior a la guerra. Un año después estalló esta y robó al mundo sus bellezas. No sólo destruyó la hermosura de las comarcas que la tuvieron por teatro y las obras de arte que rozó en su camino; quebrantó también el orgullo que sentíamos por los logros de nuestra cultura, nuestro respeto hacia tantos pensadores y artistas, nuestra esperanza en que finalmente superaríamos las diferencias

a. Para un análisis detallado del Film se puede consultar en artículo: *La obsesión por borrar... ¿el resplandor del sujeto?* de María Elena Domínguez⁷.

entre pueblos y razas. Ensució la majestuosa imparcialidad de nuestra ciencia, puso al descubierto nuestra vida pulsional en su desnudez, desencadenó en nuestro interior los malos espíritus que creíamos sojuzgados duraderamente por la educación que durante siglos nos impartieron los más nobles de nosotros. Empequeñeció de nuevo nuestra patria e hizo que el resto de la Tierra fuera otra vez ancho y ajeno. Nos arrebató hartos de lo que habíamos amado y nos mostró la caducidad de muchas cosas que habíamos juzgado permanentes⁹.

Tal vez fue eso, el escenario de la primera guerra mundial, lo que impulsó a Freud para plantear sus disquisiciones sobre lo transitorio. Freud sostiene que *el valor de la transitoriedad es el de la escasez en el tiempo*. Será entonces lo transitorio, la finitud del ser humano y su entorno lo que nos lleve a apreciar ese bien escaso. Una flor que se abre una única noche no es por eso menos bella.

Volviendo a nuestro escenario: ¿qué pasaría cuando la posibilidad del dejar queda interrumpida por la insistencia real del recuerdo? En *The entire history of you* que podría traducirse como *la historia completa sobre ti* o bien *toda tu historia*, se explora esta posibilidad futurista, pero no tan alejada del tiempo presente, de recuperar y almacenar todos los recuerdos por medio de un chip implantado y conectado al cerebro. Esta nueva función se comercializa como una "liberación" de la mente, un chip del tamaño de un grano de arroz con la capacidad de almacenar y recuperar todos los recuerdos en cualquier momento. De este modo las personas ya no tienen que recordar... pueden vivir y revivir una y otra vez sus recuerdos. ¿Es esto una liberación o una condena para el hombre?

El relato de Borges¹⁰ "*Funes el memorioso*" es un antecedente insoslayable para esta temática y por eso transcribimos a continuación un pasaje del caso de este joven de 19 años que luego de un accidente no pudo volver a olvidar.

"Ireneo Funes empezó por enumerar, en latín y español, los casos de memoria prodigiosa registrados por la Naturalis historia: Ciro, rey de los persas, que sabía llamar por su nombre a todos los soldados de sus ejércitos; Mitridates Eupator, que administraba la justicia en los 22 idiomas de su imperio; Simónides, inventor de la mnemotecnia; Metrodoro, que profesaba el arte de repetir con fidelidad lo escuchado una sola vez. Con evidente buena fe se maravilló que tales casos maravillaran. Me dijo que antes de esa tarde lluviosa en que lo volteó el azulejo, él había sido lo que son todos los cristianos: un ciego, un

sordo, un abombado, un desmemoriado. (Traté de recordarle su percepción exacta del tiempo, su memoria de nombres propios; no me hizo caso.) Diecinueve años había vivido como quien sueña: miraba sin ver, oía sin oír, se olvidaba de todo, de casi todo. Al caer, perdió el conocimiento; cuando lo recobró, el presente era casi intolerable de tan rico y tan nítido, y también las memorias más antiguas y más triviales. Poco después averiguó que estaba tullido. El hecho apenas le interesó. Razonó (sintió) que la inmovilidad era un precio mínimo. Ahora su percepción y su memoria eran infalibles.

Nosotros, de un vistazo, percibimos tres copas en una mesa; Funes, todos los vástagos y racimos y frutos que comprende una parra. Sabía las formas de las nubes australes del amanecer del treinta de abril de mil ochocientos ochenta y dos y podía compararlas en el recuerdo con las vetas de un libro en pasta española que sólo había mirado una vez y con las líneas de la espuma que un remo levantó en el Río Negro la víspera de la acción del Quebracho. Esos recuerdos no eran simples; cada imagen visual estaba ligada a sensaciones musculares, térmicas, etc. Podía reconstruir todos los sueños, todos los entresueños. Dos o tres veces había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero. Me dijo: Más recuerdos tengo yo solo que los que habrán tenido todos los hombres desde que el mundo es mundo. Y también: Mis sueños son como 1a vigilia de ustedes. Y también, hacia el alba: Mi memoria, señor, es como vaciadero de basuras. Una circunferencia en un pizarrón, un triángulo rectángulo, un rombo, son formas que podemos intuir plenamente; lo mismo le pasaba a Ireneo con las aborascadas crines de un potro, con una punta de ganado en una cuchilla, con el fuego cambiante y con la innumerable ceniza, con las muchas caras de un muerto en un largo velorio. No sé cuántas estrellas veía en el cielo.

Esas cosas me dijo; ni entonces ni después las he puesto en duda. En aquel tiempo no había cinematógrafos ni fonógrafos; es, sin embargo, inverosímil y hasta increíble que nadie hiciera un experimento con Funes. Lo cierto es que vivimos postergando todo lo postergable; tal vez todos sabemos profundamente que somos inmortales y que tarde o temprano, todo hombre hará todas las cosas y sabrá todo.

La voz de Funes, desde la oscuridad, seguía hablando...

Me dijo que hacia 1886 había discurrido un sistema original de numeración y que en muy pocos días había rebasado el veinticuatro mil. No lo había escrito,

porque lo pensado una sola vez ya no podía borrarse. Su primer estímulo, creo, fue el desagrado de que los treinta y tres orientales requirieran dos signos y tres palabras, en lugar de una sola palabra y un solo signo. Aplicó luego ese disparatado principio a los otros números. En lugar de siete mil trece, decía (por ejemplo) Máximo Pérez; en lugar de siete mil catorce, El Ferrocarril; otros números eran Luis Melián Lafinur, Olimar, azufre, los bastos, la ballena, gas, 1a caldera, Napoleón, Agustín vedía. En lugar de quinientos, decía nueve. Cada palabra tenía un signo particular, una especie marca; las últimas muy complicadas... Yo traté de explicarle que esa rapsodia de voces inconexas era precisamente lo contrario de un sistema de numeración. Le dije que decir 365 era decir tres centenas, seis decenas, cinco unidades; análisis que no existe en los "números" El Negro Timoteo o manta de carne. Funes no me entendió o no quiso entenderme.

Locke, siglo XVII, postuló (y reprobó) idioma imposible en el que cada cosa individual, cada piedra, cada pájaro y cada rama tuviera nombre propio; Funes proyectó alguna vez un idioma análogo, pero lo desechó por parecerle demasiado general, demasiado ambiguo. En efecto, Funes no sólo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado. Resolvió reducir cada una de sus jornadas pretéritas a unos setenta mil recuerdos, que definiría luego por cifras. Lo disuadieron dos consideraciones: la conciencia de que la tarea era interminable, la conciencia de que era inútil. Pensó que en la hora de la muerte no habría acabado aún de clasificar todos los recuerdos de la niñez.

Los dos proyectos que he indicado (un vocabulario infinito para serie natural de los números, un inútil catálogo mental de todas las imágenes del recuerdo) son insensatos, pero revelan cierta balbuciente grandeza. Nos dejan vislumbrar o inferir el vertiginoso mundo de Funes. Éste, no lo olvidemos, era casi incapaz de ideas generales, platónicas. No sólo le costaba comprender que el símbolo genérico perro abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversa forma; le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente). Su propia cara en el espejo, sus propias manos, lo sorprendían cada vez. Refiere Swift que el emperador de Lilliput discernía el movimiento del minuterio; Funes discernía continuamente los tranquilos avances de la corrupción, de las caries, de la fatiga. Notaba los progresos de la muerte, de la humedad. Era el solitario y lúcido espectador de un mundo multiforme, instantáneo y casi intolerablemente preciso. Babilonia, Londres y Nueva York han abrumado con feroz esplendor

la imaginación de los hombres; nadie, en sus torres populosas o en sus avenidas urgentes, ha sentido el calor y la presión de una realidad tan infatigable como la que día y noche convergía sobre el infeliz Ireneo, en su pobre arrabal sudamericano. Le era muy difícil dormir. Dormir es distraerse del mundo; Funes, de espaldas en el catre, en la sombra, se figuraba cada grieta y cada moldura de las casas precisas que lo rodeaban. (Repito que el menos importante de sus recuerdos era más minucios y más vivo que nuestra percepción de un goce físico o de un tormento físico.) Hacia el Este, en un trecho no amanzanado, había casas nuevas, desconocidas. Funes las imaginaba negras, compactas, hechas de tiniebla homogénea; en esa dirección volvía la cara para dormir. También solía imaginarse en el fondo del río, mecido y anulado por la corriente.

Había aprendido sin esfuerzo el inglés, el francés, el portugués, el latín. Sospecho, sin embargo, que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos¹⁰.

El grano de arroz, marca en lo real de la biopolítica de los cuerpos

Uso y abuso de la tecnología: las guerras tecnológicas.

El uso y abuso de las tecnologías es una preocupación creciente en nuestro medio y la serie *Black Mirror* desarrolla en seis episodios distintos ribetes trágicos de esta acechanza tecnológica que se cierne sobre el hombre y su entorno. Sabemos que las guerras tecnológicas desatan en algunos lugares -del continente africano principalmente- sangrientos enfrentamientos con miles de muertos. El costo ecológico, político y social de la tecnología va más allá de sus medios de uso para inscribirse bajo la lógica del consumo desenfrenado que sostiene el mercado neoliberal del mundo bajo la lógica del capitalismo salvaje. El ya consabido destino del consumidor, paradoja del sujeto consumidor-consumido por el propio sistema de oferta y demanda, da cuenta de esta espiral ascendente hacia la debacle del "progreso". La tecnología, gurú de este camino, marca que hacía allí vamos... La era de la inmediatez y de la fragilidad se impone. La labilidad de los vínculos, la obscenidad que propone el mirar-ser visto de las nuevas formas de comunicación corroen sistemáticamente el ser del sujeto hipermoderno¹¹. Algunos podrán objetar que esta perspectiva negativiza las virtudes del progreso tecnológico y demoniza la técnica. Pero el problema ético trasciende los bandos y los partidismos.

Los dispositivos electrónicos (celulares, dispositivos de audio, cámaras digitales, etc.) contienen condensadores electrónicos que se derivan del mineral Coltan. Este mineral, no-renovable, que presenta para los productores de dispositivos electrónicos, grandes ventajas para sus productos, se encuentra en algunos lugares del mundo: Sierra Leona, Brasil, Australia y El Congo. La extracción y comercio de dicho mineral en el Congo es fruto de los conflictos más aberrantes y tal vez menos difundidos de nuestro tiempo. Bajo condiciones de trabajo esclavo, bajo la degradación ambiental más atroz, bajo la violación de los derechos humanos más fundamentales y la matanza y destrucción del hábitat de gorilas y elefantes a consecuencia no sólo de la caza indiscriminada sino y sobre todo de la destrucción vía la deforestación de los hábitat naturales en la obtención de dicho mineral. Millones son los muertos de esta “segunda guerra del Congo” a causa de la extracción y comercialización de este mineral que es el “alma” de nuestros celulares....

Entonces cuando hacemos referencia al “uso y abuso de la tecnología” y a las guerras tecnológicas estábamos haciendo alusión a esto. No para crear una “conciencia” ecológica en relación al uso de los dispositivos electrónicos; creemos que esto, si sucede, es una consecuencia que se desprende de una reflexión y de un posicionamiento más amplio y que trasciende la mera denuncia “panfletaria”.

El mejoramiento tecnológico del hombre

Es sin embargo interesante que esta reflexión nace del visionado de un episodio, o de una serie incisiva en relación al impacto de las tecnologías en nuestras vidas. Si bien es innegable que la tecnología ha cambiado drásticamente los modos de relacionarnos, que se ha metido en nuestras familias, en nuestros trabajos y en nuestra cama, también existe implícitamente cierta idea de “mejoramiento” tecnológico del hombre. Los avances en robótica, los cuestionamientos éticos que se desprenden del desarrollo de la inteligencia artificial (como propone el análisis del film *Transcendence* (2014) de Wally Pfister donde el anhelo de eternidad suele mostrar su costado más mortífero, desde una propuesta futurista, que nos abisma a un tiempo donde la unión hombre-máquina hacen posible una *singularidad tecnológica* dueña de un poder infinito e incontrolable^b). Escenarios que presentan al hombre “emancipado” por la máquina. En nuestro caso, vía la implantación de este *chip de almacenamiento mnésico* el hombre libera a su cerebro

literalmente de su necesidad de recordar. Libera la capacidad de su memoria. Se libera del esfuerzo de tener que recordar, porque ahora la memoria es algo real que está allí a su disposición para cuando así lo requiera. El hombre con este chip mnésico ¿es un hombre *mejorado* en relación a otro que no tiene el dispositivo implantado? ¿Las personas que poseen una memoria eidética resuelven sus asuntos mejor que las “olvidadizas”? ¿Las posibilidades del olvido nos permiten avanzar o nos condenan a repetir los mismos errores?

“Cerrar de vez en cuando las puertas y ventanas a la conciencia; no ser molestados por el ruido y la lucha con que nuestro mundo subterráneo de órganos serviciales desarrolla su colaboración y oposición; un poco de silencio, un poco de tábula rasa de la conciencia, a fin de que de nuevo haya sitio para lo nuevo (...) este es el beneficio de la activa, como hemos dicho, capacidad de olvido, una guardiana de la puerta, por así decirlo, una mantenedora del orden anímico, de la tranquilidad, de la etiqueta: con lo cual resulta visible en seguida que sin capacidad de olvido no puede haber ninguna felicidad, ninguna esperanza, ningún orgullo, ningún presente”¹³.

Vamos así, de a poco, llegando al punto que estructura este apartado, que es el punto biopolítico^{14,15}. Si bien la tesis fuerte de Foucault plantea al cuerpo (biológico) como un bien más del Estado, donde las funciones de la reproducción, la mortandad, la natalidad, son recabadas estadísticamente sosteniendo un control de la vida, podemos decir siguiendo a Agamben que esta vida dejó de ser sopesada como *bios* para devenir *nuda vida*¹⁶. Esta información no impulsa sólo políticas públicas sino que también funciona como medio de control social. Es decir la posibilidad de que se nos deniegue el acceso a determinado país a partir del *print* de nuestras huellas digitales, visibiliza claramente como el cuerpo, o parte de él, está al servicio del control de acceso. Es interesante la perspectiva que presenta este episodio de *Black Mirror* en relación a esto. La tecnología al servicio del control ya no se limita al almacenamiento de la información biológica del viajante –por medio de sus huellas digitales-, ahora debe reproducir frente al oficial de turno “sus memorias” de las últimas, digamos, 48 horas... Este registro mnésico actúa al modo de los antecedentes de “conducta” como condición de posibilidad para abordar el vuelo.

Actualmente se plantea sin embargo que la *sociedad de control* postulada en los años 70 y 80 ha sido reemplazada en nuestros días por la *sociedad de la*

b. Para una ampliación de este tema ver artículo: *Transcendencia y deseo en la singularidad tecnológica* de Claudio Pidoto y Alejandra Tomas Maier¹².

*transparencia*¹⁷. Este desplazamiento presenta distintos efectos que producen distintas subjetividades. Hablamos antes del hombre hipermoderno para delimitar los contornos de estas subjetividades coaguladas en los dispositivos de control. Pero este control, antes de ser impuesto por una instancia externa al sujeto, es un control auto-impuesto que se viste con las máscaras de la libertad y la liberación apenas ilusoria. Los cada vez más exiguos límites de la intimidad quedan trasgredido por estas “nuevas tecnologías de lo obscuro.” El imperativo de transparencia surge cuando la confianza se ha perdido, ya que la confianza supone ese intersticio entre el saber y el no-saber, por eso se confía. “La sociedad de la transparencia es una sociedad de la desconfianza y de la sospecha, que, a causa de la desaparición de la confianza, se apoya en el control”¹⁷.

La relación al amor. El tercero: celotipia y obsesión

Spinoza en la parte IV de su *Ética, De la servidumbre humana, o de la fuerza de los afectos*, sistematiza el tratado de las pasiones humanas. Plantea allí que todos somos *afectados* por los sujetos y objetos de nuestro medio circundante (modos); la forma en que nos dejemos ser afectados y afectemos nosotros a otros dependerá de nuestras disposiciones. Disposiciones afectivas que construyen relaciones y vínculos sobre la base de dos afectos principales: alegría y tristeza. “*Todos los apetitos o deseos son pasiones en la medida en que brotan de ideas inadecuadas, y son atribuibles a la virtud cuando son suscitados o engendrados por ideas adecuadas*”¹⁸. Spinoza enumera los afectos humanos: la soberbia, la ira, la envidia, etc., sosteniendo que todos estos afectos se desprenden de los dos principales, algunos se desprenderán de la alegría y otros de la tristeza. Determinados afectos que inicialmente parecen *buenos* (porque devienen de la alegría) pueden terminar generando tristeza bajo determinadas condiciones.

Aquí, en el escenario elegido tenemos un drama de pareja cotidiano que presenta algunas características comunes: un engaño, un tercero en cuestión, la sospecha, la obsesión y la destrucción del vínculo. Liam sobre la pista de la duda obsesiva que lo carcome confirma la infidelidad de su mujer. Confirmación posibilitada en este caso por el dispositivo electrónico que tiene implantado en su cuerpo, que además hace “maravillas”: registra la fecha exacta de los momentos vívidos, proyecta y amplía gestos, posibilita la lectura de labios –si la conversación fue inaudible para el oído humano, registra miradas que parecen ser escudriñadas en su esencia misma, descifradas al detalle... En una palabra potencia los sentidos del hombre (el oído y la vista) hasta dimensiones inimaginables. Pero

este artefacto que *mejora* al hombre puede también destruirlo. El espacio mnésico, del recuerdo y la fantasía del ser humano, ese *espacio interior* fruto de la construcción libidinal que posibilita el lazo al otro, mediado simbólicamente por la relación al Otro en los términos de su fantasma, queda expuesto.

La tecnología revive al fantasma, destruyendo su vertiente imaginaria para volverlo real. Presentifica su materialidad y así el síntoma empieza a gozar de la verdad de ese fantasma. La relación amorosa se vuelve síntoma cuando la maquinaria obsesiva oprime al sujeto de forma implacable, coartándole su libertad. Se trata de cuerpos enteros tomados por el poder de la virtualidad, donde ni la dimensión fantasmática queda exenta. El acto de amor no es ya mediado por la fantasía, sino que incluso ahí está la necesidad de recurrir al “*dispositivo touch*”; rememorar “en vivo” momentos de conexión amorosa pasada, parece ser la clave que posibilita el acto amoroso actual. Si bien en la fórmula lacaniana del fantasma ($\$ \diamond a$) se supone que entre sujeto y objeto hay algo que media (el deseo, el goce) el encuentro nunca es directo, planteo solidario con la relación sexual que no hay.

Este encuentro amoroso entre Ffion (Jodie Whittaker) y Liam mediado por el tercero (que es aquí tanto el *dispositivo touch*, como las palabras de ese hombre que poco a poco van ganando lugar en la escena: “... y me encontraba rebobinando y mirando... momentos excitantes de relaciones anteriores”), mueven a Liam a volver una y otra vez a ese primer momento en que los ve juntos, vuelve a la mirada deseante de su mujer para con este tercero, vuelve a examinar segundo a segundo los detalles, los gestos, las risas, los indicios que hacen de esa atmósfera algo que huele mal.

Y cuando al fin lo descubre, el develamiento toca en lo más profundo de su narcisismo al punto de poner en cuestión su paternidad. Cuando Freud hablaba del obsesivo remarcaba esa característica del rumiar obsesivo, de volver una y otra vez sobre el pensamiento al punto de inhibir la acción. Por eso dirá Lacan luego que el deseo del obsesivo es el deseo imposible. Si en la obsesión es el pensamiento lo que está “erogenizado”, este dispositivo virtual posee un poder “tanático” sobre este hombre. Y esto se puede comprobar cuando Liam finalmente decide arrancarse el dispositivo de su cuerpo. Es impactante descubrir que es sólo y a partir del corte en lo real del cuerpo, de la extracción, como aparece una vía de separación de la imagen fantasmagórica de los ojos de esa mujer que no logra olvidar. Única posibilidad de separación, de poner un freno a la presencia real de la mirada.

El drama cotidiano de la relación de pareja aparece entonces mediado por los desarrollos tecnológicos. Pero el sustrato, la esencia del amor y del problema sigue siendo la misma. En *La agonía de Eros* Byung-Chul Han intenta explicar el declive actual del amor, del deseo y de la sexualidad especialmente en aquellos países que encarnan las vanguardias tecnológicas: “en la sociedad del rendimiento, dominada por el poder, en la que todo es posible, todo es iniciativa y proyecto, no tiene ningún lugar el amor como herida y pasión”¹⁹. El amor en tiempos tecnológicos queda en jaque y parece necesario replantear la estrategia. Tal vez el Bien amenazado de nuestro tiempo no sea tanto la libertad, sino el amor. Un tratamiento novedoso de esta perspectiva lo introduce el artículo de Ernesto Pérez²⁰: *El objeto técnico en el lugar del objeto perdido* en relación al Film *Her* (2013) de Spike Jonze. Otro escenario que acorrala al amor a merced de los impases tecnológicos. “La intimidad amenazada por las redes sociales, en las que participamos voluntariamente y que nos esclavizan a tiempo completo; el control ejercido por el panóptico digital; la soledad y el aislamiento que ello implica, imposibilitándonos para ejercer cualquier acción común. Estos parecen ser los modernos “males de época”¹⁹.

La memoria, la rememoración, aquellas marcas del recuerdo que construyen subjetividad cimentando nuestros lazos con otros, devienen *memoria perpetua* cuando el *gadget* toma nuestro cuerpo, coarta nuestra libertad, encadenando nuestra vida a un penar de más.

Referencias

1. Slavoj Ž. Mirando al sesgo. Una introducción a Jacques Lacan a través de la cultura popular. Buenos Aires: Paidós; 2006.
2. Freud S. Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal (1917). Obras Completas, Volumen XVII. Buenos Aires: Editorial Amorrortu; 1979.
3. Lacan J. El Seminario. Libro IV, La relación de objeto. Buenos Aires: Paidós; 1994.
4. Lima NS. Las marcas del recuerdo, aquello que se transmite entre filiación y parentalidad. III Congreso de Psicología del Tucumán Nacional e Internacional. 12-14 de septiembre de 2013. Tucumán. Argentina. Disponible en: http://issuu.com/mariacassal/docs/programa_oficial_congresopsituc/4

5. Freud S. Sobre los recuerdos encubridores (1899). Obras Completas Volumen III. Buenos Aires: Editorial Amorrortu; 1981.
6. Freud S. Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II) (1914) Obras Completas Volumen XII. Buenos Aires: Editorial Amorrortu; 1980.
7. Domínguez ME. La obsesión por borrar... ¿el resplandor del sujeto? Ética y cine [Internet]. 2009. Disponible en: <http://www.eticaycine.org/Eterno-resplandor-de-una-mente-sin>
8. Freud S. Duelo y melancolía (1917). Obras Completas, Volumen XIV. Buenos Aires: Editorial Amorrortu; 1979.
9. Freud S. La transitoriedad (1916). Obras Completas, Volumen XIV. Buenos Aires: Editorial Amorrortu; 1979.
10. Borges JL. Funes el memorioso. Ficciones. Buenos Aires: Sur; 1942.
11. Assef J. La subjetividad hipermoderna. Una lectura de la época desde el cine, la semiótica y el psicoanálisis. Buenos Aires: Grama ediciones; 2013.
12. Pídoto C, Tomas Maier A. Trascendencia y deseo en la singularidad. Ética y cine [Internet]. 2014. Disponible en: <http://www.eticaycine.org/Trascendencia>
13. Nietzsche F. Genealogía de la moral. Madrid: Alianza Editorial; 1993.
14. Foucault M. Dits et écrits. Volumen III. París: Gallimard; 1994.
15. Castro E. El vocabulario de Michel Foucault. Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes; 2004.
16. Agamben G. Homo Sacer I. El poder soberano y la nuda vida. Madrid: Pre-Textos; 1998.
17. Han B-C. La sociedad de la transparencia. Barcelona: Herder Editorial; 2013.
18. Spinoza Baruch. Ética. Demostrada según el orden geométrico. Madrid: Editora Nacional; 1980.
19. Han B-C. La agonía del Eros. Barcelona: Herder. Editorial; 2014.
20. Pérez E. El objeto técnico en el lugar del objeto perdido. Ética y cine [Internet]. 2014. Disponible en: <http://www.eticaycine.org/Her>



Natacha Salomé Lima es licenciada en psicología por la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Es profesora de la materia Psicología, Ética y Derechos Humanos de la Facultad de Psicología, UBA; becaria de doctorado del programa de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires (UBACyT).